

Trauma crónico y prematuro

Un joven, al que llamaremos David, se cría en un entorno hostil. Su infancia se desarrolla sin problemas económicos aparentes, pero en un contexto complicado para su madurez a causa de las variadas disputas familiares que marcan su carácter de por vida.

La sociabilidad y la extroversión eran cualidades arraigadas en su personalidad, pero se ven alteradas prematuramente a causa de las visiones negativas que contempla en su hogar día sí y día también.

David veía llegar, todos los Sábados a mediodía, a su padre alcoholizado y con un estado de agresividad que desemboca en comportamientos machistas, vejatorios y humillantes hacia su madre. David impotente siempre ante estos hechos, no se atrevió nunca a salir de fiesta un Sábado, durante su adolescencia, por miedo a dejar a su madre sola. Además no se atrevió nunca a ingerir un trago de alcohol por temor a repetir en un futuro las acciones de su padre, y ya de adulto, la sociabilidad y extroversión comentadas anteriormente desaparecen en situaciones de encontrar pareja, ante las cuales David tiene mucha dificultad debido a su timidez e introversión hacia personas del sexo opuesto, y ante el miedo interiorizado de acometer contra ellas las mismas acciones que su padre acometió contra su madre.

La emoción del miedo nos afecta en nuestra personalidad, en ocasiones nos ayuda a prevenir males, pero en otras muchas nos puede traumatizar y generar secuelas negativas. Hay muchos tipos de miedo, este es muy peligroso por la complejidad en su erradicación y el tiempo que permanece dentro de nosotros.

Controlar esta emoción durante la educación en la niñez es fundamental para el posterior desarrollo personal y equilibrio emocional. Dentro del pseudónimo ficticio de David hay muchos casos reales que pasan inadvertidos y con escasa visibilidad.

Antonio Manuel Naranjo Navarro